

# La dimensión relacional de las materialidades en las formas de habitar el entorno marítimo-costero en Uruguay<sup>1</sup>

[LETICIA D'AMBROSIO CAMARERO]

Centro Universitario Regional Este, Universidad de la República  
Sistema Nacional de Investigadores, Agencia Nacional de Investigación e Innovación  
treboles@gmail.com

## Resumen

En este artículo propongo una reflexión etnográfica sobre la agencia de los objetos en la configuración de formas de habitar, conocer y experimentar el entorno marino-costero en una localidad de la costa Este de Uruguay. Se basa en un trabajo de campo de larga duración con pescadores artesanales, surfistas y biólogos marinos. La investigación explora una multiplicidad de procesos sociales en los que seres humanos y no-humanos han habitado el entorno, desplegando percepciones, conocimientos, habilidades, sociabilidades y desigualdades. Mediante una aproximación, con tintes de perspectiva simétrica y comparada, busqué pensar y mapear asociaciones entre actantes. De los datos etnográficos surgieron materialidades especiales: *chalanas*, tablas de surf y *papers* científicos. Destacados como entidades significativas para los interlocutores en la producción de conocimientos, en la búsqueda de sentidos de pertenencia e identificación, en sus relaciones y en la negociación de jerarquías. Así como se destacan por ser mediadores y recursos en las interacciones sociales y ambientales. Desde una perspectiva inspirada en la teoría del actor-red, la agencia de los objetos, la fenomenología del habitar y los debates ontológicos sobre la naturaleza, el análisis muestra cómo estas materialidades dan cuenta de una dimensión relacional. Lo técnico, lo sensorial, y lo ambiental se entrelazan en las maritimidades y los colectivos de naturalezas-culturas. El artículo propone pensar estas materialidades como componentes del vagabundeo y de la ecología de relaciones marítimo-costeras en las diferentes formas de habitar la costa y el mar. Todo ello me permitió pensar a los objetos no como soportes inertes sino como entidades activas, epistémicas y relacionales.

Palabras clave: Materialidades, etnografía costera, habitar, maritimidades



<sup>1</sup> Artículo recibido: 11 de Abril de 2025. Aceptado: 22 de Julio de 2025.

## **The relational dimension of materialities in the Ways of Dwelling within the Maritime-Coastal Environment in Uruguay**

### **Abstract**

In this article, I propose an ethnographic reflection on the agency of objects in shaping ways of inhabiting, knowing, and experiencing the marine-coastal environment in a locality on the eastern coast of Uruguay. The article is based on long-term fieldwork conducted with artisanal fishers, surfers, and marine biologists. The research explores a multiplicity of social processes in which humans and non-humans have inhabited the environment, unfolding perceptions, knowledge, skills, sociabilities, and inequalities. Through an approach informed by a symmetrical and comparative perspective, I sought to think through and map associations between actants. From the ethnographic data, specific materialities emerged as particularly relevant: fishing boats known as *chalanas*, surfboards, and scientific papers. These objects are highlighted by interlocutors as meaningful entities in the production of knowledge, in the search for belonging and identification, in the configuration of social relations, and in the negotiation of hierarchies. At the same time, they stand out as mediators and resources in both social and environmental interactions. Drawing on a perspective inspired by actor-network theory, object agency, the phenomenology of dwelling, and ontological debates on nature, the analysis shows how these materialities account for a relational dimension – one in which the technical, the sensorial, and the environmental are entangled within maritimities and nature-culture collectives. The article proposes to think of these materialities as components of wandering practices (*vagabundeo*) and of the ecology of maritime-coastal relations, shaping different ways of inhabiting the coast and the sea. This approach allowed me to consider objects not as inert supports but as active, epistemic, and relational entities.

**Keywords:** Materialities, coastal ethnography, dwelling, maritimities

## **A dimensão relacional das materialidades nas formas de habitar o ambiente marítimo-costeiro no Uruguai**

### **Resumo**

Neste artigo proponho uma reflexão etnográfica sobre a agência dos objetos na configuração de formas de habitar, conhecer e experienciar o ambiente marinho-costeiro em uma localidade do litoral leste do Uruguai. A análise baseia-se em um trabalho de campo de longa duração realizado junto a pescadores artesanais, surfistas e biólogos marinos. A pesquisa explora uma multiplicidade de processos sociais nos quais humanos e não-humanos habitaram o entorno, mobilizando percepções, conhecimentos, habilidades, sociabilidades e desigualdades. A partir de uma abordagem inspirada por uma perspectiva simétrica e comparativa, busquei refletir e mapear associações entre actantes. Dos dados etnográficos emergiram materialidades específicas – *chalanas*, pranchas de surf e *papers* – destacadas pelos interlocutores como entidades significativas na produção de conhecimentos, na busca de sentidos de pertencimento e identificação, nas suas relações sociais e na negociação de hierarquias. Ao mesmo tempo, essas materialidades se sobressaem como mediadoras e recursos nas interações sociais e ambientais. A partir de uma perspectiva inspirada na teoria do ator-rede, na agência dos objetos, na fenomenologia do habitar e nos debates ontológicos sobre a natureza, a análise evidencia como essas materialidades expressam uma dimensão relacional, na qual o técnico, o sensorial e o ambiental se entrelaçam

nas maritimidades e nos coletivos de naturezas-culturas. O artigo propõe pensar essas materialidades como componentes do vagar, do *vagabundeio*, e da ecologia das relações marinho-costeiras, nas diferentes formas de habitar o litoral e o mar. Tal abordagem permitiu-me compreender os objetos não como suportes inertes, mas como entidades ativas, epistêmicas e relacionais, fundamentais na construção dos mundos sociais e ecológicos que se tecem nas margens do Atlântico Sul.

Palabras-chave: Materialidades, etnografía costeira, habitar, maritimidades

## Introducción

En este artículo presento una serie de reflexiones en torno a los objetos, surgidas a partir de una investigación etnográfica de larga duración en una localidad de la región este de Uruguay, lo que se conoce como el conglomerado Maldonado-Punta del Este<sup>2</sup> y ciudades y localidades aledañas, por las que los interlocutores me llevaron. Tuve como objetivo analizar distintas formas de conocer, percibir y habitar el entorno marítimo-costero<sup>3</sup>, con el foco en el estudio de algunas prácticas económicas, recreativas y de producción de conocimiento. A través de las trayectorias, narrativas y corporalidades de los interlocutores: surfistas, pescadores artesanales y biólogos marinos<sup>4</sup>, busqué explorar los pliegues y procesos que se configuran en ese entorno, así como las múltiples formas de vagabundear en el mismo (Ingold, 2012), en distintos tiempos, ritmos y posibilidades. Y en particular en este trabajo me propongo examinar cómo determinadas materialidades (*chalana*, *tabla*, *paper*) median formas de habitar, conocer y jerarquizar en el entorno marino-costero y analizar su rol en la conformación de maritimidades. Entendiendo por estas a:

Un conjunto de varias prácticas (económicas, sociales y, sobre todo, simbólicas) resultante de la interacción humana con un espacio particular y diferenciado del continental: el espacio marítimo. La “maritimidad” no es un concepto ligado directamente al mundo oceánico en cuanto entidad física, es una producción social y simbólica (Diegues, 2003:30).

<sup>2</sup> Este departamento es el que presenta la mayor tasa de crecimiento poblacional en el país, con una importante migración desde otros departamentos, atrae a un número importante de turistas en la temporada de verano (desde comienzos del siglo XX) y tiene un crecimiento urbano muy significativo (D'Ambrosio, et al, 2010). De acuerdo a Altmann (2024) el conglomerado Punta del Este–Maldonado ha sostenido su perfil de exclusividad pese a la expansión cuantitativa del turismo: en menos de cuatro décadas, Uruguay pasó de un millón de arribos anuales a cuatro millones en los años previos a la pandemia (2017–2019) (Altmann, 2024).

<sup>3</sup> Los actores sociales interlocutores de la investigación refieren, en sus relatos y prácticas, a diferentes partes del entorno marítimo- costero: en algunos momentos es la playa, lagunas; en otros es el mar, las islas y la costa.

<sup>4</sup> Para cada práctica estudiada observamos que hay distintas formas de ser pescador artesanal, surfista e investigador en biología marina, pudiendo establecer, como herramienta metodológica, una clasificación que surge de las categorías nativas dentro de dichas prácticas. Estas son categorías nativas que generan algún matiz de alteridad en los modos de desarrollar las prácticas, en el lugar de origen, intereses, propósitos, acceso a recursos, etc.. Por razones de espacio en este artículo no nos detendremos en dichas clasificaciones.

En tal sentido con esta investigación busqué objetivar qué elementos, dimensiones y particularidades forman parte de esos modos de habitar y experimentar la costa y el mar, o sea dar cuenta de las humanidades aconteciendo con y en el entorno marítimo-costero. Las maritimidades son esas modalidades de habitarlo.

El área donde se desarrolló el estudio cuenta con puertos (con muelles para uso de embarcaciones de pesca artesanal y deportivas), pesqueros, ciudades y localidades turísticas junto a áreas de valor ecológico y objetos de conservación ambiental. La pesca artesanal opera bajo vedas para algunas especies, permisos y zafras de acuerdo a los momentos en que se aproximan las especies objetivo de estas pesquerías. El surf se desarrolla en torno a *picos*<sup>5</sup> o *spots*<sup>6</sup> (algunos más secretos que otros) y posibilidades meteorológicas para la formación de olas principalmente a partir del tipo viento. La biología marina se desarrolla en una institución pública: la UdelaR<sup>7</sup>, en sedes tanto en Montevideo como en las ciudades de Maldonado y Rocha. En este marco, las trayectorias de las materialidades especiales que analizamos en este artículo, condensan sentidos de pertenencia, jerarquías y circulación de conocimientos. Por estas entendemos a objetos destacados por los interlocutores a los que reconocen como condición de posibilidad de la práctica y que activan determinados estatus, sentidos de pertenencia, sociabilidades y aprendizajes.

El trabajo de campo se realizó mediante observación participante prolongada (2005-2017), entrevistas etnográficas (abiertas y semiestructuradas) y charlas informales, en diversos espacios significativos para los interlocutores donde desarrollan sociabilidades durante los tiempos del trabajo o de ocio. Realicé un registro etnográfico en el puerto, la playa, el muelle, el *surfshop*, el boliche, el laboratorio, el almacén, la rambla, las dunas, el puesto de venta de pescado, el salón de clase, hogares, el camino a casa y el camino al mar. Y se incorporó al análisis datos y análisis de documentos y posteos en sitios de internet (blogs y redes sociales). La investigación se desarrolló en tres momentos diferenciados: en los dos primeros (2005-2006, 2007-2009) realicé estadías intensivas y recurrentes, muchas veces acompañada por colegas<sup>8</sup>, lo que amplió la interlocución y supuso traslados de algunos días de manera periódica para trabajar; en el tercero<sup>9</sup> (2012-2017) residí de manera permanente en Punta del Este, compartiendo mi cotidianidad barrial y laboral con muchos de los interlocutores.

La elección de las tres prácticas responde, por un lado, a la búsqueda de actividades que estuvieran relacionadas de forma cotidiana y anual al mar. Por otra parte, comparten que las tres requieren para su despliegue de una relación intensa y directa con la costa y el mar. Y en su acontecer atraviesan e interpelan varias dimensiones: corporales, técnicas, cognitivas, afectivas y espirituales. Si bien existe una variación estacional en las características y tipos de prácticas, tanto pescadores artesanales, surfistas y biólogos marinos proyectan sus actividades a lo largo de todo el año. Además, refieren a priori a diversas esferas de la vida de los actores sociales, productiva o recreativa, sin que una

---

<sup>5</sup> Zona donde las olas empiezan a romper y es propicio para surfear.

<sup>6</sup> Lugar adecuado para la práctica de surf, donde se forman buenas olas.

<sup>7</sup> Universidad de la República.

<sup>8</sup> En un primer momento me incorporé a un equipo de arqueólogos y arqueólogas subacuáticas y estudiantes quienes tenían como objetivo investigar el patrimonio cultural subacuático. En el segundo momento tuve instancias colectivas de trabajo de campo con colegas antropólogos.

<sup>9</sup> En 2011 la investigación se desarrolló en el marco de mi formación doctoral en antropología social en la Universidad de San Martín, Argentina.

sea excluyente de la otra<sup>10</sup>.

En el entorno marítimo-costero estas interacciones cobran una particular relevancia, ya que la relación con el mar y la costa muchas veces, está mediada por herramientas específicas que permiten la navegación, la pesca, el estudio científico y la práctica del surf. El transcurso de la investigación nos llevó al análisis de materialidades -destacadas por los interlocutores- que reflejan el papel de algunos objetos cotidianos en el desarrollo de sus prácticas y modos de habitar. En tal sentido, el eje central de análisis en este artículo será sobre los objetos cotidianos evocados (por razones de espacio solamente seleccioné tres de estos), dando cuenta de la importancia de materialidades especiales que median los modos de conocer y habitar. Puesto que en las tres prácticas se observa la existencia de materialidades que determinan una posición dentro del grupo de pares, generan una identificación, un acompañamiento y mediación en los modos de adentrarse en las prácticas, y tienen, para los interlocutores de la investigación, una condición de entidad que trasciende a la de objeto. Estas materialidades no son percibidas como meros soportes pasivos, sino como elementos activos.

El análisis se organiza en torno a dos ejes principales: por un lado el de actante y ensamblajes (Latour, 2005). Esta perspectiva sugiere que parece no haber límite a la variedad de tipos de agencias que participan en la interacción y en las asociaciones. Teniendo en cuenta que por actante, Latour (2005) considera “cualquier cosa que modifica con su incidencia un estado de cosas” (Latour; 2005:106). Lo que me llevó a poner la atención tanto en humanos como en no-humanos y a observar cómo la agencia podía partir tanto de unos como de otros. Este concepto me permitió analizar cómo *chalanas*, tablas y *papers* median relaciones, jerarquizan y componen colectivos multiespecie y multi-situados. Siguiendo a Latour, propongo recuperar la sensibilidad con respecto a tipos muy extraños de ensamblados, extendiendo el repertorio de vínculos y la cantidad de asociaciones mucho más allá del repertorio propuesto por las explicaciones sociales.

Y un segundo eje que es el de habitar y las líneas de vida (Ingold, 2012), para analizar el entrelazamiento de técnicas, cuerpos y ambientes en trayectorias que se suceden en el entorno marítimo-costero. Esta propuesta invita a considerar a los objetos no como entidades acabadas, sino como líneas de vida aconteciendo, inmersas en flujos de relación y transformación. Desde esta perspectiva, las cosas no se limitan a ocupar un lugar estático en el mundo, sino que se configuran en el movimiento, en el entretejido de fuerzas, técnicas, cuerpos y materialidades. En tal sentido observé que las materialidades participan de manera activa en el devenir de los múltiples ensamblajes que se suceden en las prácticas sociales y dan lugar a las maritimidades.

En las páginas siguientes, analizo la *chalana* como un actante, observo la tabla de surf como mediador de la experiencia del surf y los *papers* como materialidad con la cual navegar en el mundo académico, destacando su significación así como su papel en la producción y validación del conocimiento. Tanto la *chalana*, la tabla de surf como los *papers* son categorías nativas, cuya centralidad es destacada por ser materialidades

<sup>10</sup> Es importante aclarar que las prácticas se entrecruzan en las trayectorias de los actores sociales; en las experiencias de pescadores artesanales que practican el surf y trabajan en proyectos con biólogos marinos, o de quienes son investigadores de biología marina pero sus padres fueron pescadores artesanales, o surfistas cuyos abuelos se dedicaban a la pesca artesanal, entre otros múltiples cruces. Por lo tanto, cuando hablo de pescadores, surfistas o biólogos marinos debe entenderse que me refiero a clases de prácticas y no a clases de personas.

especiales que acompañan, median, jerarquizan e identifican a quienes se desarrollan en las prácticas y por su rol en ensamblajes.

## Resultados

### La *chalana*

Son varias las actividades incluidas, en la categoría nativa, de lo que los pescadores y pescadoras llaman *pesca artesanal*, actividades desarrolladas por hombres y mujeres: la actividad de *alistar*<sup>11</sup> y *encarnar*<sup>12</sup> las artes de pesca, diferentes según la especie a capturar, la navegación hacia las zonas de pesca y el proceso de captura. Al regreso, en tierra, las actividades son: el desembarque de los pescados o moluscos, su procesamiento y acondicionamiento, la comercialización o la negociación con los intermediarios<sup>13</sup>. Cada fase del trabajo se divide de acuerdo al género y/o la edad. La fase de extracción de los peces o moluscos es el centro de la práctica social de este oficio, desde la percepción nativa, y es desarrollada, con escasas excepciones, por hombres desde los 18 a los 65 años, aproximadamente. Las artes de pesca y las habilidades empleadas para el desarrollo del oficio son elementos de identificación para muchos pescadores, que se autoadscriben a la categoría de pescadores artesanales. Entre estos se destaca el poder contar con una *chalana* o poder alquilarla o conseguir que alguien te suba a una como integrante de la tripulación.

En términos materiales, la *chalana* es una embarcación costera de pequeño porte, construida principalmente en madera de pino o eucalipto, aunque recientemente también se encuentran algunas reparadas con fibra de vidrio, equipadas con GPS<sup>14</sup>, ecosonda<sup>15</sup> y diversas artes de pesca. Las técnicas para su construcción combinan saberes de carpintería de ribera y soluciones prácticas adaptadas a los recursos y conocimientos disponibles. Su estructura, de fondo chato y bordes bajos, facilita las maniobras de varado en la playa y permite navegar en la costa atlántica y del estuario del Río de la Plata. Su tamaño oscila entre los 4,5 y 7 metros de eslora, con un ancho promedio de 1,5 a 2 metros. Se utilizan motores fuera de borda, de entre 8 y 15 caballos de fuerza. Estos son adaptados a las condiciones del mar y sus características dependen de posibilidades económicas y técnicas. Navega habitualmente entre la línea de costa y hasta las 7 millas náuticas, aunque en algunos casos se mencionan desplazamientos de hasta 40 millas. Son de color naranja vivo, el cual se instauró desde fines de la década de 1970, cuando una normativa (al producirse un accidente grave) obligó a pintarlas todas iguales, con el objetivo de mejorar la visibilidad y facilitar los rescates. Tienen escrito su nombre en el lado exterior de su estructura, en color blanco o negro y en muchos casos, estos nombres evocan mujeres o a la mar. Y cuando se adquiere una embarcación con un nombre, se le advierte al nuevo propietario, que cambiarlo le traerá mala suerte. Quizás ese nombre contribuye a la agencia de la *chalana* al singularizarla y vincularla a una historia con experiencias compartidas duales, de disfrute y sufrimiento.

<sup>11</sup> Ordenar las líneas del palangre para después encarnarlas.

<sup>12</sup> Poner el cebo o carnada en el anzuelo.

<sup>13</sup> Persona que tiene el rol de mediador entre el pescador y el consumidor o un comprador mayorista, para la exportación o procesamiento del pescado o molusco.

<sup>14</sup> Global Positioning System; dispositivo utilizado para marcar coordenadas mediante la conexión satelital.

<sup>15</sup> Dispositivo utilizado para medir la profundidad o distancia a la que está un cuerpo, mediante un sistema con ultrasonido.

En los trabajos sobre pesquerías artesanales se ha destacado muchas veces el lugar preponderante que tiene la embarcación, en tanto que herramienta de trabajo y espacio en el que la tripulación pasa gran parte de sus jornadas además de los espacios en el puerto y en los pesqueros, los bares. Esta adquiere otros significados que trascienden el simple uso instrumental (Malinowski, 1986; Kant de Lima y Pereira, 1987; Maldonado, 1994; Adomili, 2007; Colaço, 2015). La agencia de la *chalana* no radica solo en su funcionalidad como medio de transporte en el mar, sino en su capacidad de afectar y ser afectada dentro de un ensamblaje donde coexisten humanos, conocimientos, especies y regulaciones.

Para muchos de los pescadores que se criaron en la costa y “vienen de familia de pescador”, el significado y la relación con la *chalana* se inicia como un juego y otras veces aparece en los relatos como un trabajo, al encargarse la tarea de limpiarla a los jóvenes. El Colorado<sup>16</sup>, pescador artesanal de 76 años, recuerda cuando tenía 12 años y nos transporta a los momentos en que:

(...) bombeaba las chalanas de mis tíos abuelos (...), crecía el mar y yo la echaba y después me iba a remo con una ola para afuera, allá (...), icon esa edad! Salía cuando el mar estaba bravo, de gusto, pa probar las chalanas y para sentir otra emoción.

Los pescadores describen sentimientos algunas veces encontrados en relación con la *chalana*: “A veces se te vuelve una cosa monstruosa” (Alejandro, pescador artesanal de 60 años); principalmente en la oscuridad de las noches de navegación, y, al mismo tiempo, es descrita como la que da la seguridad en el mar, la “cáscara de nuez” a la cual se aferran en los momentos de temporales.

La *chalana* refiere a trayectorias biográficas y colectivas. Los pescadores artesanales relatan que sus primeras incursiones fueron guiadas por un practicante más experiente<sup>17</sup>. Alejandro, me cuenta que algunos pescadores mayores, patrones de pesca con experiencia, no querían embarcar y, por ende, enseñar a principiantes. El patrón de la embarcación, por lo general, es la persona encargada de enseñar, de dirigir al resto de los marineros, responsable de sus vidas y encargado de la *chalana*. Para ello, debe contar con la experiencia suficiente para encontrar los cardúmenes y, formalmente, implica haber aprobado un examen ante la Prefectura Nacional Naval, con el que se le entrega la libreta de patrón<sup>18</sup>. Económicamente, dicho rol no siempre redunda en un mayor porcentaje: a veces gana lo mismo que el resto de los tripulantes y otras su porcentaje de ganancia puede duplicar al de los marineros. Es un elemento de prestigio social y en muchos casos es un referente también en tierra, en la toma de decisiones

<sup>16</sup> La confidencialidad de los interlocutores que participaron de esta investigación se salvaguardó mediante la sustitución de su nombre real por uno ficticio; en algunos casos, también se sustituyó el nombre de embarcaciones, especies objetivo de investigaciones e instituciones, para evitar la identificación de los interlocutores.

<sup>17</sup> El término experiente lo utilizamos como categoría analítica a partir del análisis de Ingold sobre el proceso de redescubrimiento guiado, “en el cual cada generación descubre las habilidades por ellos mismos bajo la guía de practicantes más experimentados” (Ingold, 2012: 84)

<sup>18</sup> Documento que se obtiene luego de haber aprobado un examen ante la Prefectura Nacional Naval, y se presenta en la Prefectura Nacional Naval, apostada en el puerto de embarque, cada vez que se sale embarcado.

de índole personal. Al respecto, el maestro, el patrón: “viabiliza el mundo del trabajo, en la cualidad de elemento mediador entre esos dos mundos, los lugares de tierra y los lugares de mar...” (Godelier, citado en Maldonado, 1994:46).

Alejandro ha formado a muchos pescadores en la Azulmar, embarcación que fue vendida, recuperada, reparada y vuelta a poner en el mar, en sus palabras: “La Azulmar no se abandona”. Y me explica que en ella crió a sus hijos, salvó vidas de compañeros pescadores y la considera parte de la familia. El respeto por el nombre, por la historia que porta, por los jóvenes que formó allí y por los rescates que protagonizó la convirtieron en una entidad biográfica. La *chalana*, muchas veces, encarna prestigio, reconocimiento y legitimidad dentro del colectivo de pescadores. Asimismo se puede generar una relación afectiva, para Alejandro la relación con la embarcación puede ser sintetizada en la siguiente frase: “Capaz si enviudezco, no tengo más remedio, pero enviudar de la Azulmar también, ino!”. O en palabras de otro pescador: “Muchos pescadores llegaron a querer más a la embarcación que a la mujer”.

Pérez, carpintero de ribera y pescador de 70 años, me explica con detalle técnico y pasión cómo “la fuerza de la *chalana* no está en el motor, sino en las líneas”. Me cuenta que para la construcción de una embarcación es necesario un conocimiento técnico -el cálculo del centro de flotación, la posición de combate, el ángulo de entrada de la ola- pero también una vivencia íntima del mar. Sus palabras refieren a la proyección de la *chalana* como una forma de conocer, una forma de prever el oleaje, de anticipar la ola, de leer el viento. Una práctica corporal y sensorial en la que lo técnico y lo vital se ensamblan. En este sentido, no es un simple resultado del saber experto: es parte de un conocimiento técnico, sensorial y de la experimentación de la costa y el mar. La embarcación participa activamente en la relación entre el ser humano y el mar. Es mediadora de relaciones con el entorno, formadora de corporalidades y afectos, transmisora de conocimiento técnico y generadora de sentido. Como señalan algunos pescadores, no todas las embarcaciones ofrecen la misma seguridad: las construidas por carpinteros con conocimientos técnicos precisos como Pérez, poseen una “ciencia” incorporada en su diseño, que les permite “volver a su estado de flotación” aun sin ayudas externas. La forma en V del casco, la inclinación de la popa, la suavidad de sus líneas o el peso de la proa no son meras características técnicas, sino elementos que permiten anticipar y resistir las fuerzas del mar. Estos saberes se entrelazan con la experiencia de quienes navegan, de quienes han enfrentado temporales, han sido rescatados o han protagonizado rescates.

Asimismo observé como la *chalana* organiza jerarquías, define roles, estructura posibilidades materiales y configura desigualdades. Pues tener una embarcación construida con los conocimientos técnicos y sensoriales a los que se refiere Pérez se dificulta por cuestiones económicas. Don Rieta, un pescador de larga trayectoria, señala que lo que va a dejar para sus hijos va a ser su *chalana*, “para que se defiendan”. No es solo un medio de producción: es un bien que se hereda, un capital simbólico y material que habilita la continuidad y genera sentidos de pertenencia. Al respecto, quien hereda la *chalana* es el descendiente masculino y no femenino. Esto refleja el acceso diferenciado al mar de acuerdo al género, excluyendo, hasta hace poco tiempo, casi por completo a las mujeres de subir a la embarcación. Aunque, sí participan activamente en diversas actividades que se incluyen dentro de las pesquerías artesanales. En palabras de Miriam, pescadora artesanal embarcada de 60 años: “No es fácil que la mujer salga, hay muchos prejuicios”. Incluso habiendo atravesado temporales y tomado decisiones

técnicas clave en momentos de riesgo, Miriam no accede plenamente al estatus de pescadora “de mano”, categoría que se reserva para los hombres. Su condición de mujer implica, para la percepción del colectivo, que su condición de pescadora embarcada fuera transitoria, por no ser “socialmente dignos de recibirla, sino que está excluida para siempre...” por ser mujer (Bourdieu, 2000:39).

Desde la perspectiva de la teoría del actor-red, la *chalana* puede ser pensada como un ensamblaje de elementos técnicos (para su diseño, motorización y flotabilidad); sociales (los vínculos de transmisión de las habilidades entre generaciones); afectivos (como los miedos y lealtades que despierta); y ontológicos (al inscribirse como mediadora entre el ser humano y el mar). Asimismo, como mediadora que transforma en cada salida a un colectivo de humanos (patrón, marineros y novatos) y no-humanos (olas, vientos repentinos, cardúmenes y artes de pesca). Y que, en su dimensión técnica, condensa maderas, fibras, líneas, quilla, motor fuera de borda, estabilidad y calado con saberes situados sobre rompientes, vientos y fondos. En su dimensión social, despliega modos de transmisión de habilidades del patrón a los novatos, acuerdos de trabajo y venta, así como modos de apropiación del entorno marino- costero. Despierta sentidos de pertenencia, roles y jerarquías en quienes la habitan. En su dimensión afectiva condensa lealtades y sentidos de cuidado que son condición de posibilidad del trabajo en el mar. En su dimensión ontológica, la *chalana* posibilita un plano de habitabilidad entre la tierra y el mar. Pues hace practicable una superficie que, sin ese ensamblaje técnico-sensorial, no sería “habitável”.

Y por otro lado, siguiendo a Ingold, la *chalana* no es solamente un objeto utilizado en un espacio, sino que participa en el hacer y habitar en movimiento, donde se suceden tanto manos, como maderas y agua. Su forma cristaliza gestos, habilidades y ritmos aprendidos. Navegar en ella implica seguir materiales y fuerzas; desarrollar atención y destreza en un medio en permanente cambio. En tal sentido, su agencia se despliega en el acople dinámico de materiales, habilidades y sociabilidades, que en cada salida

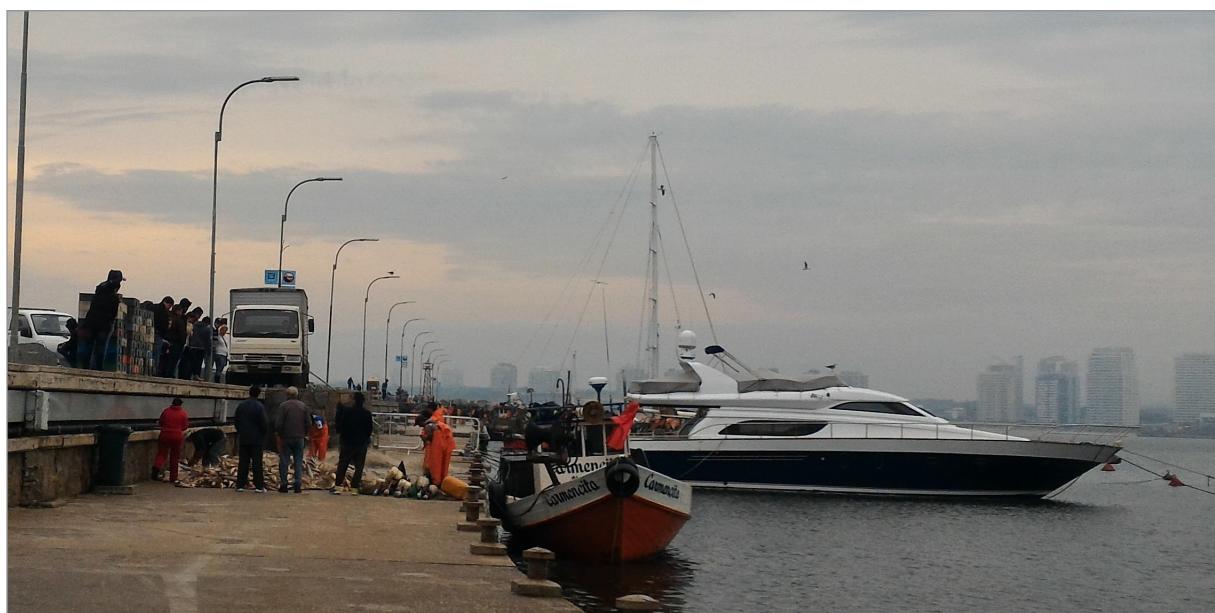


Figura 1- Pescadores artesanales desembarcando las capturas durante la zafra del mingo, juvenil de corvina (*Micropogonias furnieri*), en el Puerto de Punta del Este, Autor: Leticia D'Ambrosio, Julio de 2016.

reconfigura la red y da cuenta del habitar marítimo-costero y de la particularidad de las maritimidades.



*Figura 2- Chalana regresando al Puerto de Punta del Este. Autor: Leticia D'Ambrosio, Octubre de 2013.*

### Las tablas de surf

El surf ha sido entendido como deporte de aventura radical en el que media un riesgo y muchas veces se destaca el contacto del cuerpo y su exposición a la naturaleza. También se dice que más que un deporte es una filosofía de vida, en una mezcla del ser humano y la naturaleza (Knijnik y Oliveira Cruz, 2010). Su origen es incierto: para algunos cerca del norte de Perú, otros lo sitúan en la Polinesia, identificando el inicio de una difusión intensiva del surf hacia comienzos del siglo XX, y que, en los años 50, en California, tendrá una identificación con la rebeldía y la libertad en su modo de vida. (González, s/d: 26). En el departamento de Maldonado, el surf se aprende de manera informal; en un proceso, dentro y fuera del agua, en el que un surfista experiente acompaña enseñando a los novatos. Asimismo, se enseña en espacios de formación como el ISEF<sup>19</sup>, donde se incluye un taller teórico-práctico introductorio. Y también es enseñado en Escuelas de Surf que, principalmente durante la temporada estival, ofrecen clases personalizadas a veraneantes o residentes (para quienes hay opciones más accesibles).

Se observa que el surf en la costa este “del país sin olas”<sup>20</sup>, nuclea a jóvenes y adultos de distintas clases sociales y con diversas trayectorias en relación a la costa y al mar. Desde turistas de clase alta a turistas de menores ingresos, pobladores de distintos barrios, algunos más cercanos que otros de la playa. En auto, camioneta, bicicleta, moto, en bus o a pie, llegan a la playa los días de buenas olas y algunas veces los días sin olas. El surf refuerza, habilita la idea y una práctica de la costa, playa y mar como “bien natural-

<sup>19</sup> Instituto Superior de Educación Física.

<sup>20</sup> Denominado así por algunos surfistas aludiendo a la poca constancia y consistencia de las olas que se encuentran en Uruguay, en comparación con otros lugares donde el mar “bombea y bombea”.

cultural común<sup>21</sup>”, en el contexto de una ciudad con desigualdades importantes. En este sentido, observamos cómo los límites morales y económicos de acceso al territorio son redibujados en clave de las prácticas estudiadas, dando cuenta de una desigualdad en el acceso a los bienes naturales- culturales. Si bien la costa y lo que es conocido popularmente como playa, en Uruguay, es de libre acceso (a diferencia de lo que se observa en otros países, donde se privatiza) existe un imaginario de exclusividad y turismo sobre algunas playas en particular en Punta del Este<sup>22</sup>. Al respecto, en esta investigación observé que practicar surf puede activar la legitimidad de la presencia de quien llega a la playa con una tabla, en algunos espacios *a priori* imaginados para turistas.

El desarrollo de la práctica va de la mano de acceder a un surfista experiente que enseñe y requiere contar con los equipamientos necesarios: una tabla y un traje de neopreno<sup>23</sup> (para surfear en los meses más fríos). En otras épocas, me cuenta Nacho, surfista de 40 años, se tiraban con la tabla que tuvieran al alcance, porque algún amigo se las prestaba o porque hubiese quedado abandonada en algún garaje de un departamento en los edificios de turistas. Además destaca que de haber tenido la tabla adecuada, y si alguien lo hubiese guiado de forma personalizada, su proceso de aprendizaje habría sido mucho más rápido.

El acceso a las tablas, y por ende al deporte, cambió en los últimos años por las nuevas formas de fabricación de las mismas que con la incorporación de máquinas pasaron a hacerse en serie. Nacho recuerda que:

(...) antes los locos [refiriéndose a surfistas de más de cincuenta años] no conseguían tablas, o sea, era imposible conseguir una tabla, o sea, hace cuarenta años atrás, se las hacían ellos (...) el pan se le llama a lo que tiene adentro la espuma, y los locos (...) llevaban a un panadero para que les hiciera una baguette enorme, pa que se las dejaran secar (...), le ponían cascola arriba y después tipo la laminaban con fibra de vidrio.

Lo que contrasta con la situación actual, en la que observa:

<sup>21</sup> “Para el concepto de bienes naturales-culturales nos inspiramos en el concepto de “colectivos de naturalezas-culturas” (Latour, 2007) como una alternativa para pensar dos entidades que en el discurso moderno se postulan como separadas, sin embargo, el autor plantea que en el mundo moderno, contrario a lo que se profesó, se disolvieron las de nociones canonizadas de seres que pueblan el planeta (D'Ambrosio, 2017).

<sup>22</sup> El balneario es conocido como destino de turismo internacional que genera, no solo en los turistas y potenciales turistas, una representación de este sitio donde el relato como balneario exclusivo, lujoso y costoso tiene una gran impronta. Para quien viene de afuera Punta del Este es todo lo que bordea la costa, apenas se llega al lomo de Punta Ballena, o incluso antes, al llegar a Sauce de Portezuelo (veintidós kilómetros antes de llegar a la ciudad de Punta del Este), y se extiende hasta José Ignacio (en el límite con el departamento de Rocha). Esa es la idea del balneario como marca en tanto que destino turístico de renombre. Incluso algunos emprendimientos turísticos y de bienes raíces se definen como geográficamente situados en el balneario, aunque en algunos casos se encuentren en otro departamento. Un proceso que lleva a que muchos actores sociales manifiesten un interés en trascender el sentido de habitar el espacio marítimo-costero, por el cual se le asigna exclusividad a la actividad turística y por consiguiente a la tarea de brindar servicios para el que llega, y a desarrollar políticas públicas (en distintas esferas de la vida) pensadas para el turista y no para el poblador (D'Ambrosio, 2017)

<sup>23</sup> Equipo protector para el agua que se usa ajustado a la piel. Por lo general, es una pieza entera de pantalón y buzo integrados, con un cierre en la espalda.

Hay como una movida, trajeron los *shapers*<sup>24</sup>, son los que hacen las tablas. O sea, fue tan grande la movida en Uruguay que pusieron plata y trajeron a hawaianos, australianos a hacer tablas (...), o sea que es un país sin olas; gastamos la plata y acá no hay olas (...)

En este relato aparece el mercado configurando la existencia de un espacio para el surf, con la producción de tablas, incluso, algunas de un tamaño que no condice con el tipo de olas que se encuentran en la zona.

La tabla tiene una forma alargada, hidrodinámica, puede variar en longitud entre los 6 y 8 pies, según el tipo de tabla: “pequeña para hacer aéreos, mediana o un tablón para andar más tranquilo” y el estilo del surfista. Su núcleo, llamado “alma”, está hecho de espuma de poliuretano o poliestireno expandido, lo que le confiere flotabilidad, mientras que su resistencia y forma definitiva se logran mediante el recubrimiento con resinas de poliéster, fibra de vidrio, y se pueden emplear otros materiales como la madera. Cada una de estas capas tiene un rol técnico específico, pero también aporta al desempeño de la tabla, al modo en que se desliza, responde y se adapta al cuerpo del surfista y a la forma de las olas. Su forma es moldeada por los *shapers*, quienes algunas veces, combinan tecnología de precisión y sensibilidad artesanal, diseñan las líneas, curvaturas, quillas y espesura de la tabla. Algunos surfistas encargan sus tablas a *shapers* conocidos y en sus relatos aparece una valoración especial por la conexión con quien da forma a la tabla: “Vos podés comprar una tabla hecha, pero si te la hace alguien que te conoce, es otra cosa”, comenta Nicolás, surfista de 43 años, enfatizando la importancia de que el tipo y tamaño de tabla se adapte al cuerpo del surfista y al tipo de olas que va a tomar. Asimismo en estos casos, se le puede poner un nombre o diseño personalizado. Las transformaciones en la modelación de las tablas ha permitido surfear olas que antes eran inaccesibles debido a limitaciones en la maniobrabilidad de los equipos previos; con este nuevo dispositivo material se accede a otra naturaleza. La tabla acompaña las biografías de surfistas, modulando lo sensorial en la relación del cuerpo, la tabla y la ola y por otro lado extendiendo el vagabundeo en el entorno marítimo- costero.

En estos procesos de fabricación se condensa saberes técnicos y sensoriales, pues muchas veces me cuenta Nacho, surfista de 30 años, que los *shapers* trabajan con surfistas que prueban las tablas para ir ajustándolas en el taller, a las características de las olas en Uruguay y a lo que la sensorialidad del surfista va experimentando. Se conforma como un ensamblaje donde convergen conocimientos locales y globales, así como prácticas corporales situadas. El contar con la tabla adecuada es imprescindible, en palabras de Nacho: “podés surfar cinco años con una tabla que no sirve pero si la herramienta es mala tipo no desplegás todo tu potencial” y hace una analogía con lo que sucede en la vida: “si vos en la vida no sabés elegir las herramientas correctas, capaz que nunca llegás a desplegar todo tu potencial”.

La tabla también da cuenta del tipo de performance que tiene el surfista, dependiendo de su destreza a priori el tipo de tabla que tiene. Si bien esto tiene matices y ha ido transformándose, Sergio, surfista de 47 años, observa que en el momento en que él aprendió, estaba bien considerado el surfista que practicaba en una tabla chica, mientras que los tablones eran adjudicados para los primerizos. El tipo de tabla refiere

---

<sup>24</sup> Persona encargada del modelado y fabricación de las tablas de surf.

también a lo que se siente y se experimenta, de acuerdo a Sergio, la tabla grande: “es más sentir la ola, caminar, esas sensaciones, tipo otra historia, no es tan progresivo, tan volador...”

Muchos surfistas mencionan que tienen varias tablas y recuerdan las historias que vivieron con cada una, las cuales no se prestan a otros surfistas. Solamente a algún amigo muy cercano y en una situación especial. En algunos casos se conserva una tabla que ya no se usa pero que atesora las experiencias compartidas con esta y con otros surfistas. Al respecto, Liber recuerda las olas surfeadas en Chile para las que es preciso tener una tabla especial acorde a ese mar, por el tamaño mayor que despliegan las olas. En su relato aparece la importancia de contar con la compañía de la tabla para atravesarlas así como de otro surfista. Dejando entrever que hay cosas que se aprenden en otros lugares, entre estas, el saber lidiar con olas más grandes y con los surfistas locales<sup>25</sup>, aprendizajes que van “más allá de ser buen o mal surfista”. Es común que en las conversaciones se mencionen las olas que han corrido en Chile, Perú, Brasil, Costa Rica, Nicaragua o en Indonesia. Muchas veces, en la anécdota aparece como recurrente el ir en la búsqueda de la ola desconocida, de la mejor ola y de la importancia de contar con la tabla para poder tomar esas olas. Observo que la representación del territorio local es construida también desde las imágenes de las olas surfadas en otros lugares, que aparecen como espejo y al mismo tiempo proyección del territorio habitado. Al respecto, coincido en que para seguir sus asociaciones hilvanamos elementos que no pertenecen al repertorio habitual, seguimos rastros que trascienden lo local, pues “la acción es dislocada, articulada, delegada, traducida” (Latour, 2005:239). Acompañando la dirección sugerida hacia otros lugares, otros momentos y otras agencias que parecen haberlas moldeado. Me pregunto, entonces, en qué medida incide en las prácticas lo que plantea Segura (2015) retomando a Durhan (2000) para el caso de la vida en la periferia urbana, donde

(...) lo común es la experiencia cotidiana de hacer frente a un conjunto de prácticas que emergen de la distancia que existe entre las expectativas socialmente construidas acerca de lo que es la vida en la ciudad y lo que efectivamente es en la periferia (Durhan, 2000, citado por Segura, 2015: 58).

Observé que la amplitud de sus conocimientos geográficos, el volumen geográfico, es decir, la zona de extensión realmente ocupada por muchos surfistas y el volumen mental que refiere a la zona geográfica que abarcan con el pensamiento (Mauss, 1979) contrasta incluso para aquellos que no han realizado viajes a esas zonas lejanas. Con

<sup>25</sup> Se observa entre los surfistas la categoría nativa de local (por cuestiones de espacio no podemos desarrollarla en este documento), la misma da cuenta de que el criterio de división del territorio en el mar es clave para la espera de la ola posible de ser surfeada. La idea de “local”, “localismo”, en palabras de los interlocutores, refiere en términos analíticos al concepto de autoctonía, por el cual, de acuerdo a John y Jean Comaroff (2013), según señalan los observadores, durante los últimos años del siglo xx se advierte en distintas partes del planeta una intensificación progresiva de un apasionado sentido de lo autóctono y de los derechos de nacimiento –para los cuales la foraneidad constituye un contrapunto negativo–, junto a otras imágenes de pertenencia, así como también la extensión mundial de un nuevo fetichismo de los orígenes, en contraposición a los efectos del *laissez faire* liberal. (Comaroff y Comaroff, 2013: 153) Falta en biblio. Siendo un criterio nativo que apela a la legitimidad territorial, fundados en una autoctonía leída en clave moral que permite al autóctono asegurarse derechos en relación con el espacio y al momento de tomar una ola frente a un foráneo.

esta idea de Mauss, analicé cómo se expanden las territorialidades más allá de lo local vía experiencias, viajes, relatos, conocimientos y objetos (tablas). En tal sentido, además de la territorialidad local, los surfistas desarrollan una relación y conocimiento territorial de las costas de otras regiones.

El viaje, el surfear otras olas, parece ser parte del *lifestyle* del surf (Wheaton, 2004). También el viaje puede estar incorporado dentro del ciclo anual, para quien tiene los recursos económicos para hacerlo. El viaje además parece ser parte de lo que Sergio define como “la mística del surf”, en busca de la ola desconocida. Pero así como señala Taks (2000) en relación a la expansión de los límites de la localidad, en su estudio sobre la modernización de los tamberos, observamos en esta investigación que, si bien la práctica de viajar se ha generalizado, existen importantes diferencias de acuerdo a las clases sociales y géneros.

La materialidad de la tabla es parte de la maritimidad que se despliega, al articular saberes sobre olas y vientos (de aquí y de allá), con trayectorias de viaje y pertenencias locales, en un movimiento actor-red que desborda lo local y lo global. El contar con un traje de surf así como con una tabla adecuada posibilita acceder a ciertas olas y mares, que de otro modo no se podrían experimentar ni conocer. En esta línea, me pregunto de qué manera otros lugares, otras materialidades en este caso las tablas, está presente en la práctica del surf en la localidad de Uruguay estudiada. En parte, a través de lo que es aprender el *lifestyle del surf*, que pareciera ser global y local, a través de un conjunto de prácticas, de lo que denominan los 10 mandamientos y de equipamientos que se tiene imaginando otras olas. Conjuntamente con la expansión de los límites de la localidad, el sentimiento de *lo local* es fuerte entre los sujetos. Por lo que se entiende el primer movimiento de lo local hacia el contexto, el cual es seguido por un segundo momento, de lo estructural a las interacciones locales y concretas (Latour, 2005). Entonces, se hace necesario postular otro movimiento, por la imposibilidad, como vimos, de quedarse en alguno de los dos sitios durante un período largo. Al introducir el concepto de actor-red, Latour conjuga ambos:

Las dos partes son esenciales (...) La primera parte (el actor) revela el estrecho espacio en el que todos los ingredientes imponentes del mundo comienzan a gestarse; la segunda parte (la red) puede explicar a través de qué vehículos, qué rastros, qué sendas, qué tipos de información se está llevando el mundo al interior de esos lugares y entonces, luego de haber sido transformados allí, se bombean nuevamente hacia afuera de sus estrechas paredes. (Latour, 2005:58)

Asimismo, las tablas de surf pueden ser entendidas en tanto que actantes, tomadas como herramientas de flotación y navegación en el mar, las cuales permiten llegar a otros entornos, otras olas, otras playas, otros países y regiones.

Algunos surfistas relatan que al surfear entran en contacto con la naturaleza tanto del mar como de la playa. Al respecto, refiere Vicente, surfista de 23 años:

Estar adentro del agua, del mar, por una hora, te hace entrar ahí en esa, te hace entrar en el medio de la naturaleza y te sentís más parte de la naturaleza, no sos tan extraño, no sé (...), es como un poco las dos cosas, a veces te sentís como conectado, estás adentro, sos parte, no sé, y a veces decís: qué raro mi presencia acá, porque a veces es como que estás en el mar y empezás a mirar, y ves todos los trajes, las tablas, las cabecitas ahí y decís: Qué es esto, isomos unos aliens!.

En este relato, Vicente expresa la ambivalencia de sentirse parte de la naturaleza y al mismo tiempo visualizarse como un ser extraño y ajeno, tan extraño como alguien que

se encontrara en la tierra siendo de otro planeta. De su relato se desprende que las distintas relaciones que establece con el mar van desde la contemplación, que lo lleva a una experiencia que lo relaciona con la naturaleza en tanto que “ambiente estético” (Mafesoli, 1996; citado en Dumont, 2011:10), a momentos en que el mar lo engloba a él y lo diferencia de otros actores humanos. La tabla y los equipamientos son los que posibilitan esas experiencias, “ser parte del ciclo alimenticio” en palabras de Vicente, pero al mismo tiempo los separan e irrumpen en el “ambiente estético” y su naturalidad.



Figura 3- Surfistas saliendo del agua en los “Los Dedos” de la Playa Brava. Autor: Leticia D'Ambrosio, Setiembre de 2016.



Figura 4- Surfistas esperando olas en Playa el Emir. Autor: Leticia D'Ambrosio, Junio de 2015.

### Los *papers*

Ser biólogo marino, para la mayoría de los interlocutores de esta investigación, requiere haber realizado estudios universitarios de grado en la Facultad de Ciencias de la Universidad de la República, siendo la educación en Uruguay pública y gratuita. Su creación responde al objetivo central de la profesionalización de la ciencia y los científicos. La Licenciatura en Ciencias Biológicas se creó en 1990. Anteriormente, existía esta formación como parte de la Facultad de Humanidades y Ciencias; muchos de los interlocutores de este trabajo iniciaron sus estudios en esta etapa y continuaron en la nueva Facultad. Como expresan las biólogas y biólogos marinos, al estudio de grado le siguió el de posgrado; las alternativas eran formarse en el país en el marco del PEDECIBA<sup>26</sup>, el que tenía dentro de sus cometidos la organización de posgrados, o viajar al exterior para realizar posgrados en distintas universidades extranjeras. En este proceso de formación aparece la figura de un investigador experiente, director de proyecto o de tesis, que acompaña en el trayecto.

En los distintos encuentros con biólogos marinos y biólogas marinas, surgió la importancia de los *papers* científicos para ser reconocidos en su profesión. Al respecto, estos se revelan como una materialidad que trasciende su condición de objeto técnico o documental, para constituirse en un actante en la configuración de sus colectivos, en la definición y mantenimiento de las jerarquías y en las relaciones entre ciencia y sociedad. Observé que el *paper* opera como vehículo de quién es su autor, de legitimidad, marcador de pertenencias y elemento de circulación en redes académicas que exceden lo local. El *paper* aparece como una materialidad especial que condensa prácticas técnicas, afectivas, éticas e institucionales, modelando una parte de la subjetividad del investigador y la organización del trabajo científico. En los relatos, se refieren a una presión constante por publicar que atraviesa una parte importante, tanto de sus decisiones cotidianas, como de sus trayectorias profesionales.

En consonancia con muchas de las trayectorias de pescadores artesanales y surfistas, las trayectorias de biólogas y biólogos marinos muestran que el acercamiento al mar se vive, primero, por un gusto de poder estar cerca del mar y la costa, como una desconexión de la “vida en tierra” y como una experiencia liminar que combina placer y sufrimiento. En el entorno marítimo-costero se despojan de las investiduras de tierra, lo que los enfrenta al cambio y al movimiento, y donde la agencia humana se vincula a los ciclos de la naturaleza. En palabras de Facundo, biólogo marino de 50 años:

El hecho de estar en contacto directo con el lugar, muestrear, aunque te mojes, pases frío, a veces pasás hambre, que yo qué sé qué, pero esa parte es como la que más... ¿viste?, sobre todo cuando son más jóvenes, ¿no? [risas]. Yo ya estoy medio cansado de pasar frío, ahora quiero que sean otros, pero no el placer de estar en contacto con el lugar (...)

O como observa Valentín, biólogo marino de 45 años: “es un trabajo de equipo re duro (...), te llega el agua a la cintura (...) en invierno todos los meses (...). En ese estar ahí, cuerpo, técnica y entorno se entrelazan en un habitar costero que moviliza sensorialidades particulares y una identificación con la práctica que está situada: los muestreos, señala José Ignacio, abren una “diversidad de tareas” que

---

<sup>26</sup> Programa de Desarrollo de Ciencias Básicas.

no es siempre estar encerrado en un laboratorio, porque suponen estar al aire libre, recorriendo mil kilómetros (...) meterse al agua, medir parámetros (...) e interactuar en dinámicas de equipo y con locales, algunas veces.

Pero esa misma búsqueda de conexión situada es reencuadrada por la institucionalidad académica, que restablece condiciones de la práctica mediante protocolos, calendarios y formatos de validación. Por lo que las expectativas iniciales se reorientan por el marco organizacional (laboratorio, planillas, computadoras), y el *paper* se vuelve la pieza central de representación y el resultado esperado. En el proceso el trabajo de campo muchas veces se disfruta y hay espacio para la experimentación multisensorial del mar y de la costa, sin embargo muchos de estos datos asistemáticos y de índole más sensorial y perceptiva no son rastreables explícitamente en los resultados: los *papers*. Sin embargo para Viviana, bióloga marina de 52 años, a pesar de que estaba fuera de lo que era considerado propio del método científico y valorado en la Facultad, “el cuelgue<sup>27</sup>” es percibido por ella como fundamental para la obtención de los resultados que tuvo en su investigación. De acuerdo a su relato:

La tesis de doctorado me dió eso también, una libertad de poder empezar a usar más la intuición (...), con herramientas más vinculadas al método científico, sí. Esos esquemas que yo hacía en la playa, distendida, sin presión y sin un formato, era como armar pequeños esquemas de cosas que yo observaba, que, además, que me pasaba de chica, de sentarme frente al arbolito de naranja y ver bichitos, yo lo seguí teniendo, entonces yo iba a la playa, hacía ese muestreo, super pautado, sistemático y no sé qué, pero siempre había un momento en que yo (...), la observación, ¿entendés?, el cuelgue ese, ino lo perdí nunca! Esos cuelgues a mí me dieron mucho dato, que no me daba ese muestreo sistemático, por eso yo me colgaba (...).

A diferencia de Viviana, Facundo, plantea que la práctica de la observación sin una medición no correspondería al científico. No obstante, en su relato menciona, al igual que Viviana, que realiza una observación no tan sistemática, que considera de disfrute pero al mismo tiempo pareciera que en esos momentos releva información relevante para sus resultados. Uno de los cometidos principales de todo el proceso de investigación es la publicación en una revista arbitrada de prestigio internacional, en palabras de Sebastián: “A largo plazo, que esas cosas que estén publicadas en artículos de revistas arbitradas de alto impacto (...) Entonces la satisfacción científica a largo plazo es publicar ahí, en *Nature*.”

El *paper* en tanto que dispositivo: traduce el trabajo de campo en evidencia científica y en muestreo sistemático y robusto, reordena temporalidades (momentos de trabajo de campo por los ciclos ecológicos de las especies objetivo y tiempos editoriales de las revistas y las evaluaciones académicas) y reinscribe jerarquías (autorías, tipo de revistas, evaluaciones). Así la biología marina oscila entre la experimentación sensorial y disfrute y la normatividad que organiza la presentación del conocimiento. Se observa una dualidad: por un lado el mar como entorno de experiencia multisensorial, disfrute

<sup>27</sup> Expresión utilizada para referirse a pensamientos, ideas, sensaciones, que no tienen un hilo conductor a priori.

y proveedor de datos a ser analizados, y por otro, la institución como entorno de legibilidad que convierte esa experiencia en conocimiento público.

En su arquitectura técnica, el *paper*, puede ser descrito como un conjunto de hojas impresas o en un archivo digital en formato doc, docx o pdf. Su extensión varía según la revista, entre 5.000 y 8.000 palabras y está compuesto por secciones delimitadas: resumen, palabras clave, introducción, materiales y métodos, resultados, discusión, conclusiones, referencias bibliográficas (por lo general en formato APA<sup>28</sup>), agradecimientos, notas al pie, anexos o apéndices. Suele estar escrito en inglés, con una narrativa estandarizada que muchas veces borra las tensiones del proceso. Sin embargo es el resultado material de muchas horas de trabajo que incluye momentos diferenciados: elaboración de un proyecto de investigación, búsqueda de financiamiento (a veces se cuenta de antemano con fondos), conformación de equipos, diseño de metodología de campo, compra de equipamientos y software, trabajo de campo (la fase en la que más disfrute manifiestan experimentar), análisis de muestras en laboratorio, procesamiento de los datos, confección de tablas, análisis de los resultados, análisis estadístico, discusiones entre colegas y finalmente la redacción con narrativa científica del proceso y sus resultados. Con el texto final enviado para su publicación, comienza el periplo de la revisión entre pares, correcciones editoriales, intercambios y muchas horas de pantalla, de cuerpos sentados y cabezas activas.

Al conocer su proceso de creación, desde la perspectiva de sus autores, su materialidad trasciende esa arquitectura técnica y una vez publicado muta su agencia: viaja, circula, es leído, evaluado, citado. Y en caso de no ser publicado puede generar desesperanzas, angustias y/o puede dar impulso para el reinicio del proceso para su aplicación a otra revista. Este objeto textual cuya materialidad es aparentemente neutra, opera como un ensamblaje epistémico, afectivo, colectivo y político, que refleja y transforma al colectivo de naturaleza-cultura en el que se despliega.

En este sentido, mis datos etnográficos dan cuenta de que un *paper* va mucho más allá de la comunicación de resultados: publicar, muchas veces es una parte del proceso de ser investigador que despliega modos de identificación con la práctica (en casi todos los casos más allá del tipo de ciencia que se desarrolle), habilita el acceso a financiamiento, posiciona en disputas por líneas de investigación y define quién es considerado un referente dentro de un área de conocimiento. Sobre este aspecto, entre mis notas de campo (registrada en mayo de 2016 en la Udelar), hay una que refiere al día en que participé de una reunión entre varios equipos de investigación, en la que se disputaban la legitimidad sobre un campo de estudio para fundamentar la asignación y distribución de nuevos recursos económicos para los mismos. En particular, uno de los asistentes con mayor trayectoria argumentaba a favor de su equipo, señalando que la disputa se resolvía buscando en internet quién había publicado sobre el tema, cuánto y cómo; en sus palabras: “sabemos quién es quién viendo lo que publica”. A pesar del clima tenso y de que la controversia no parecía resolverse ese día, el resto de los presentes no cuestionaron dicho argumento.

Esta agencia atribuida al *paper* se sostiene tanto en su dimensión técnica como en su eficacia simbólica. En algunos centros de investigación y formación, la producción académica se difunde y se exhibe en carteles junto a las oficinas o laboratorios, generando un paisaje institucional y académico donde los textos materializan

---

<sup>28</sup> American Psychological Association.

trayectorias y diferencias. Al respecto puede ser pensado como “recurso”:

(...) si bien en principio [...] aparecerá objetivado en alguna forma, ya sea como objeto propiamente dicho o como parte de la práctica de otros actores, muchos de entre ellos irán siendo incorporados -junto con una o más de sus modalidades socialmente disponibles de uso -como disposiciones más o menos duraderas (Boudieu, 2006, citado por Noel, 2013:17).

Y en tanto que recurso se moviliza para ser reconocido académicamente e incide de diversas formas en los modos y tipos de conocimiento, así como en la elección de los objetos de estudio.

La publicación en determinadas revistas, el número de artículos y su indexación, son elementos que organizan, por un lado, ciertos aspectos de las relaciones entre pares y por otro, marcan fuertemente las trayectorias institucionales, reformulando, muchas veces, las expectativas con las que se llega a la biología marina como vocación o deseo, como señalé anteriormente. Esta presión por publicar es experimentada, muchas veces, con dualidad y tensión: si bien garantiza visibilidad y respaldo y da satisfacción también impone una perspectiva productivista que, como ironizan algunos interlocutores de mi trabajo, a través de viñetas humorísticas que circulan entre colegas, pareciera dejar al corazón fuera del proceso. En estas representaciones gráficas, jocosamente se contrasta la figura del científico del siglo XIX, preocupada por comprender la naturaleza, con la del siglo XXI, ocupada en ajustar los resultados para que encajen en la narrativa exigida por revistas arbitradas<sup>29</sup> de renombre internacional. Al respecto, las representaciones y expectativas por las que se llega a la biología marina se van transformando y reencaminando, atravesadas por el marco institucional<sup>30</sup> y el campo académico, y el *paper* ocupa un lugar central en el momento de representar a la actividad. En las trayectorias analizadas, la identificación con la práctica incorpora este nuevo aspecto: la producción de artículos científicos. Lo que significa, para muchos, tener respaldo y legitimidad dentro del colectivo. Hay una comunidad científica con la cual se dialoga, algunas veces, anónimamente, porque la mayoría de las veces los autores de los *papers* no saben quiénes fueron sus evaluadores, pero lo importante en este proceso es que estos evaluadores representan a un colectivo. Y cuando se evalúa el *paper* de otro colega, se está contribuyendo con esa tarea a la construcción del colectivo y del conocimiento. En tal sentido, puede ser entendido como una materialidad con agencia que produce conocimiento al mismo tiempo que ensambla un colectivo. Asimismo, la circulación del *paper* no solo permite establecer legitimidades dentro

<sup>29</sup> Revistas que, mediante sistema de anonimato de autor, someten artículos a la revisión de expertos en el tema que se está tratando. Cada artículo es examinado por dos investigadores, a quienes se los conoce como árbitros.

<sup>30</sup> Al respecto, se observa que los actores sociales se ven afectados por un marco institucional, pues las instituciones bloquean de sus prácticas y productos oficiales un conjunto de actividades que son inherentes a esas mismas prácticas. En sus relatos aparecen algunas acciones, cosas que experimentan y a veces registran en el terreno, que son invisibilizadas en los productos legítimos de la disciplina. Douglas analiza cómo “las instituciones guían de manera sistemática la memoria individual y encauzan nuestra percepción hacia formas que resultan compatibles con las relaciones que ellas autorizan. Fijan procesos que son esencialmente dinámicos, ocultan sus influencias y excitan nuestras emociones sobre asuntos normalizados hasta un punto igualmente normalizado (Douglas, 1986).

del colectivo, sino que para algunos interlocutores cumple una función ética, al constituir un dispositivo de control social sobre las investigaciones y sus posibles usos. Facundo, biólogo marino de 50 años, advierte que la publicación de los resultados no sólo valida la calidad del trabajo, sino que también lo exponen a un escrutinio público. Su preocupación refiere al hecho de que la producción científica que no se publica puede alimentar desarrollos opacos, como los vinculados a la biotecnología militar o la producción de armas biológicas, campos en los que -según sostiene- trabajan muchos biólogos, amparados por grandes fundaciones o financiadores internacionales. En este sentido, publicar no es solamente necesario por el proceso de producción de conocimiento científico sino que tiene implicancias políticas y éticas, al delimitar qué investigaciones son visibles, y cuáles quedan fuera del alcance del control y validación colectiva. Otro aspecto en relación al carácter público del *paper* refiere a que el respaldo y la legitimidad operan no solo a la interna del colectivo como en relación con la sociedad civil, por lo que antes de anunciar resultados o denunciar una situación problemática, Valentín, biólogo marino de 45 años, me explica que es importante publicarlos.

En biología marina, el *paper* territorializa el conocimiento, estableciendo y legitimando nichos de trabajo, agendas y algunas veces incide en otras instituciones, a partir de la presentación de evidencias científicas para la toma de decisiones en gestión ambiental por ejemplo en el establecimiento de vedas o monitoreos. Así, el *paper* enlaza instituciones y colectivos de lectura con el entorno marino-costero.

El *paper* en tanto que movilizado como recurso, puede ser pensado más que como un documento escrito o un producto final en tanto que una materialidad que viaja, se exhibe, se cita, se acumula, se evalúa, se responde y que: *performa*. En tanto que actante, incide en la elección de los objetos de estudio, en la estructuración del tiempo de trabajo, en las disputas por reconocimiento y en las formas de narrar y/o construir la naturaleza, el ambiente. Un “recurso” que organiza el acceso a recursos, delimita campos de estudio, o “nichos”, e incide en las trayectorias biográficas de quienes investigan.

Observé que en la práctica científica marino-costera, el *paper* reordena muchas veces calendarios sociales y laborales (campañas, muestreos, trabajo de laboratorio, licencias) y define decisiones metodológicas y espaciales (sitios de muestreo, especies objetivo de estudio, vínculos con otros humanos y no humanos), por lo que participa en las de formas de habitar la costa y el mar. Asimismo participa en las agendas de políticas públicas en problemáticas socioambientales. En tal sentido, como objeto, puede ser entendido como una materialidad con agencia que produce conocimiento al mismo tiempo que ensambla un colectivo y forma parte activa de las decisiones, sentires, experiencias y trayectorias de quienes investigan.



Figura 5- Biólogo marino realizando mediciones durante una salida de campo. Autor: Biólogo marino, Mayo de 2014.

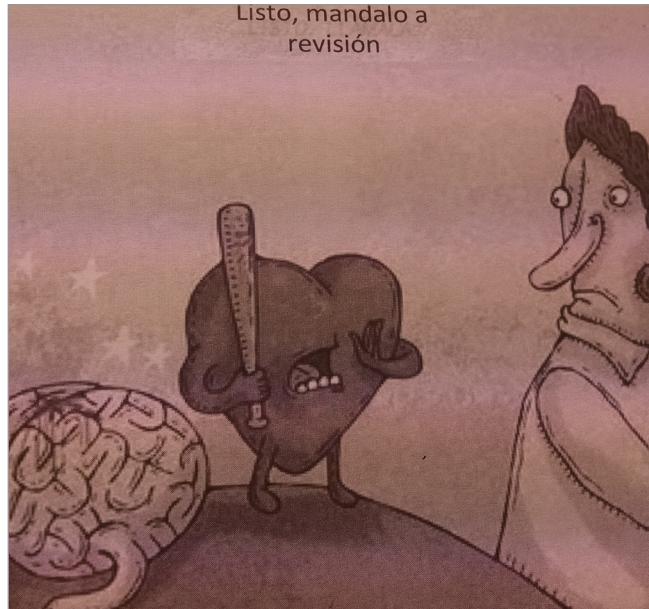


Figura 6- Comic colgado junto a la puerta de biólogo marino. Autor: Leticia D'Ambrosio, Agosto de 2017.

## Conclusiones

A lo largo de este trabajo propuse un acercamiento etnográfico a tres materialidades que forman parte de las prácticas sociales estudiadas, en particular, y de los modos de habitar el espacio marítimo-costero, de forma más general. En el plano metodológico el estudiar tres prácticas y tres materialidades, al mismo tiempo, posibilitó, estar alerta, agudizar mi imaginación y la observación, con vaivenes de alejamiento y acercamiento, familiarización y extrañamiento. De esta forma, fue posible confrontar distintas experiencias empíricas entre prácticas, modalidades de practicarlas y materialidades. Y en el plano conceptual me permitió sortear el análisis en clave de la excepcionalidad de cada materialidad.

Para el análisis tomé los aportes de la antropología que transformaron las perspectivas que concebían a los objetos como soportes pasivos o expresiones materiales inertes, proponiendo un abordaje que los reconoce como entidades capaces de participar en las relaciones sociales. Esta transformación epistemológica ha sido posible gracias a un giro conceptual que desplaza el foco desde la representación hacia la relación, permitiendo formas de pensar las materialidades más allá del dualismo sujeto-objeto. En este marco, los aportes de la teoría del actor-red (Latour, 2005) y la perspectivas del habitar en el movimiento con otros (Ingold, 2012), han sido herramientas relevantes para abordar a las materialidades especiales como entidades que intervienen en la producción de sentidos, afectos, conocimientos y jerarquías en el entorno marítimo-costero del Este de Uruguay.

En este proceso de comprender cómo materialidades especiales median en las formas de habitar el entorno marítimo-costero se observa que las *chalanas*, las *tabla* y los *papers* intervienen como actantes en ensamblajes, en los que confluyen dimensiones: técnicas, sensoriales, epistémicas y morales, que sostienen prácticas de vagabundeo y modos de relacionarse entre humanos y no-humanos. En este sentido estas adquieren

una dimensión que las aproxima a lo que Latour ha definido como “actantes”. Tomados como herramientas de flotación y navegación en el mar y en los círculos académicos, respectivamente, los cuales permiten llegar a otros mares, otras olas, otras playas, otras universidades, otros países y regiones. En tal sentido, aprender la experiencia de surfear para surfistas, navegar y pescar para los pescadores, muestrear y modelar para biólogos, envuelve un esfuerzo que comprende la manera como esos sujetos se relacionan con el entorno en que caminan, pisan, observan, muestrean, nadan, barrenan, reman y se sumergen, acompañados por otros humanos y no humanos (Steil y Toniol, 2011).

Cada una de estas materialidades: *chalanas*, tablas de surf y *papers*, son parte fundamental del proceso de adentrarse en las prácticas y de desarrollarlas, acompañando a los actores sociales en el encuentro con los otros significativos (humanos y no-humanos) y siendo mediadores entre cuerpos, afectos, saberes y colectivos. Y en tanto que actantes estas materialidades especiales median una relación de transmisión de la práctica entre el patrón de pesca y el pescador novato, el surfista experimentante y el surfista aprendiz y el estudiante y el director de tesis o del proyecto de investigación en biología marina.

La *chalana* no solo se utiliza para la navegación y la extracción de especies con valor comercial para las pesquerías artesanales sino que además organiza y diferencia el trabajo productivo, despliega sociabilidades, viabiliza vínculos intergeneracionales, genera sentidos de identificación y pertenencia, y acerca a una ontología relacional con el mar, concebido como un ser con agencia.

La tabla de surf además de objeto indispensable para el desarrollo del deporte aparece destacada como compañía y extensión del cuerpo del surfista en su transitar por el riesgo y el placer en el mar. En tanto que objeto forma parte de redes de producción, circulación y consumo que trascienden lo local y conectan con flujos globales de materiales, saberes y tecnologías.

Y los *papers* científicos, portadores de conocimiento, son también materialidades que nuclean y dan forma a muchas dimensiones de la práctica científica, apareciendo como un actante en los procesos de producción científica, reconocimiento académico, sociabilidades y trayectorias humanas y no humanas. Asimismo circulan en redes internacionales que dan cuenta de legitimidades, jerarquías y formas de hacer ciencia. La mayor parte de los interlocutores de esta investigación introducen de alguna manera un ideal de cómo llevar a cabo su práctica, que moralmente los sitúa en un sitio diferente al de otras formas de serlo, y en esto las materialidades analizadas actúan como “recurso” dando cuenta de esa diferenciación. El *paper*, que diferencia al biólogo marino de quien trabaja para objetivos opacos generando agrotóxicos y armas químicas. La *chalana*, que diferencia a los pescadores artesanales y los distancia de los pescadores industriales. Y los surfistas que de acuerdo a su tabla (y a su proceso de creación) imprimen un modo de ser surfista asociado a un lifestyle particular.

En perspectiva comparada- tomando los aportes de Latour e Ingold- en las tres prácticas sociales estudiadas, se desarrollan: jerarquías, pertenencias, temporalidades y movilidades que son mediadas por materialidades que pueden ser entendidas como actantes: la *chalana*, la tabla y el *paper*. Siguiendo a Latour, cada salida embarcados puede ser entendida como un ensamblaje de la red, donde el diseño, dispositivos, aprendizajes y afectos se suceden. Mientras que en el surf el despliegue técnico y performativo se condensa en la tabla y en su adecuación al spot a ser surfeado. Asimismo,

en las investigaciones biológicas observé que la autoría, las coautorías y los tipos de revistas despliegan rangos y reconocimientos dentro del colectivo. Por otra parte, retomando a Ingold, observo que el vagabundeo, ofrece una clave adecuada para leer los movimientos con las materialidades que no solamente conllevan desplazamientos, sino que a partir de este se generan conocimientos situados. Con la *chalana*, habitar el mar implica conocer y anticipar cambios en los vientos, prever temporales y llegar a los lugares de pesca. Con la tabla, es aprender a leer vientos, a remar y a tomar olas, es conocer cada playa y también habitarla a partir de conocer otras. Con el *paper* es habitar la playa para muestrearla y traducirla en datos y modelos, y publicar para generar conocimiento de acceso público. En los tres casos, el vagabundeo no niega la técnica sino que por el contrario la incorpora como forma de conocer y experimentar, así como ética del cuidado (mantenimiento de las embarcaciones, cuidado de las tablas, estandarización responsable de los muestreo y publicación de los datos). Seguir sus líneas da cuenta de las movilidades que acarrean como extensiones del habitar (millas de navegación, km. de viajes por olas, circulación de muestras y papers).

La *chalana*, las tablas de surf, así como los *papers*, nos hablan de procesos globales y locales, de políticas de importación, de investigación, de centro y periferia, también de la economía del país y del departamento, que atraviesan las trayectorias y líneas de los actores en relación con otros. Los estudios del habitar y las materialidades toman relevancia y dan un giro desde esta perspectiva, entendiendo al entorno y los objetos cotidianos ensamblados a las trayectorias de humanos y no-humanos y a imágenes de otros espacios lejanos o imaginados.

## Bibliografía

- Adomilli, Gianpaolo (2007). *Terra e mar, do viver e do trabalhar na pesca marítima. Tempo, espaço e ambiente junto a pescadores de São José do Norte- RS*. Tese de Doutorado. Porto Alegre: PPGAS - UFRGS.
- Altmann, Leonardo (2024) *Maldonado - Punta del Este (Uruguay): entre la urbanización turística y nuevo espacio estatal. Momentos y dimensiones de la urbanización (1974-1982)*, Tesis de Doctorado, Buenos Aires: UGS.
- Bourdieu, Pierre (2000). *Homo Academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Colaço, José (2015). *Quanto custa ser pescador artesanal? Etnografia, relato e comparação entre dois povoados pesqueiros no Brasil e em Portugal*. Río de Janeiro: Garamond.
- Comaroff, John y Comaroff, Jean (2013). *Teoría desde el sur. O cómo los países centrales evolucionan hacia África*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- D'Ambrosio, Leticia; Lembo, Victoria; Amato, Blas y Thompson, Diego (2010). *El mundo sumergido. Una investigación antropológica de la pesquería del mejillón en Piriápolis y Punta del Este*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- D'Ambrosio, Leticia (2017) *“Leer el mar”: una etnografía habitando la costa, la tierra y el mar, con surfistas, pescadores artesanales y biólogos, en un balneario del Este de Uruguay*. Tesis de Doctorado, IDAES-UNSAM.
- Diegues, Antonio (2003). *A interdisciplinariedade nos estudos do mar: o papel das ciências sociais*. Conferência proferida na XV Semana de Oceanografia. São Pablo: USP.

- Douglas, Mary (1986). *Cómo piensan las instituciones*. Madrid: Editorial Alianza Universidad.
- Dumont, Guillaume (2011). “Antropología multi-situada y ‘Lifestyle Sports’: por un examen de la escalada a través de sus espacios”. Revista de recerca I formación en antropología *Periferia*, n.º 14. Disponible en [revista-redes.rediris.es/Periferia/Articles/2-Dumont.pdf](http://revista-redes.rediris.es/Periferia/Articles/2-Dumont.pdf) (Consulta: julio de 2017).
- González, Ariel (s/d). *El juego en las olas. He'e Enalu (surfing)*. (s/d).
- Ingold, Tim (2012). *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*. Montevideo: Trilce.
- Kant de Lima, Roberto y Pereira, Luciana (1987). *Pescadores de Itaipu*. Río de Janeiro: EDUFF.
- Knijnik, Dorfman y Oliveira Cruz, Lívia (2010). “Amazon of the Seven Seas: The Bodily Image of the Seven Seas: The Bodily Image of some Crazilian Female Surfers”. *Revista do Nufen*, ano 2, v. 1, n.º 2, julho-dezembro.
- Latour, Bruno (2005). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Maldonado, Simone (1994). *Mestres e mares: espaço e indivisão na pesca marítima*. San Pablo: Annablume Editora.
- Malinowski, Bronisław (1986). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona: Planeta DeAgostini.
- Mauss, Marcel (1979). *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- Noel, Gabriel (2013). De los códigos a los repertorios: algunos atavismos persistentes acerca de la cultura y una propuesta de reformulación. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 3(2).
- Segura, Ramiro (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Steil, Alberto y Toniol, Rodrigo (2011). Ecologia, corpo e espiritualidade: uma etnografia das experiências de caminhada ecológica em um grupo de ecoturistas. *Caderno CRH*, v. 24, n.º 61, págs. 29- 49, enero-abril, Salvador. Disponible en [http://www.scielo.br/scielo.php?pid=So103-49792011000100003&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.br/scielo.php?pid=So103-49792011000100003&script=sci_arttext) (Consulta: marzo de 2013).
- Taks, Javier (2000). Modernización de la producción lechera familiar y las percepciones del ambiente físico y social. En: Gorski, S. (comp.), *Anuario. Antropología social y cultural en Uruguay*, Departamento de Antropología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Montevideo: Nordan - Comunidad.
- Wheaton, Belinda (2004). *Understanding Lifestyle Sports: Consumption, Identity and Difference*. Londres: Routledge.



**Leticia D'Ambrosio Camarero** es Licenciada en Ciencias Antropológicas (FHCE-UDELAR, Uruguay), Magister en Ciencias Sociales (FLACSO, Argentina), Doctora en Antropología Social (IDAES-UNSAM, Argentina), se desempeña como Profesora Adjunta en la Universidad de la República e integra el Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación, Uruguay.